

si usted no puede lavarse los dientes después de las comidas...

use la crema LICOR del
POLO cada mañana y
cada noche.
sus efectos perduran du-
rante 24 horas, dejando
sus dientes limpios y su
boca fresca y agradable.



crema dental según
los principios activos
del afamado elixir
LICOR DEL POLO



BLANCA O CLOROFILADA

PANORAMA INTERNACIONAL

TODO el prestigio, toda la grandeza de los Estados Unidos reaparece de golpe con el paseo por el espacio del mayor Edward H. White. Una vez más, las emocionantes noticias de un congénere nuestro realizando una hazaña, tan aparentemente fantástica como estrictamente real, nos hace pensar en la disociación de los dos caminos que sigue nuestra civilización. Esta vía hacia todo lo posible, que requiere mentalidades abiertas, ricas, limpias de prejuicios, sin límites para la imaginación, y la otra vía estrecha formada por ambiciones, pequeñeces, suspicacias, persecuciones, restricciones. Puede ser que sea una dialéctica necesaria para el equilibrio del progreso. Puede ser que la gran audacia imaginativa llegara rápidamente al disparate o a la locura si no tuviera el contrapeso de «los otros», de los retrógrados. Yo pienso, claro, que no; que no es así, y que si los encargados de estructurar la sociedad en que vivimos enfocasen los problemas del hombre y de la mujer, los grandes temas sociales, intelectuales, educativos y de convivencia, con la misma grandeza con que los técnicos envían a sus hombres a sumergirse en el espacio exterior, el mundo se aproximaría bastante a la utopía de la felicidad absoluta. No creo que ello sea imposible —creer en la imposibilidad de los resultados es hacerlos más imposibles— e incluso entiendo que si esta dialéctica se ha dado siempre a lo largo de la Historia, no se trata de dos líneas paralelas que pueden prolongarse hasta el infinito sin encontrarse jamás, sino que, por el contrario, convergen y tienden a encontrarse. La aventura de Galileo, obligado a renegar de sí mismo, o la de Miguel Servet, ardiendo en la hoguera calvinista por haber intuido la circulación de la sangre, ya no pueden darse en nuestros días. Nadie piensa que el diablo pueda estar detrás del americano White, ni siquiera del soviético Leonov, primer peatón del espacio. Probablemente, para el gran vulgo —entre el cual me incluyo—, los detalles científicos de la gran aventura son incomprensibles. En este aspecto, ya no se condena aquello que no se comprende. En otros aspectos, sí. En otros aspectos, se sigue condenando —y hasta ejecutando— unas razas, unas ideologías, unas religiones, unos seres, que son distintos —siendo, en el fondo, iguales— porque no se les comprende.

PERO el gran vuelo de White, apenas terminado, se empañó ya por algunos intentos de convertirlo en «útil para la guerra». Se trata de que esta prodigiosa tierra verde y azul que White descubrió y fotografió en colores desde el espacio exterior se convierta en un objetivo posible para el bombardeo atómico, con ayuda de próximos «hombres voladores», y que estos mismos vuelos sirvan para interceptar y desarmar posibles satélites militares del enemigo. Se viene hablando en el mundo, desde hace ya unos años, de la «guerra espacial» como de la guerra futura. Es la tesis de Golovine, director de la *Aerospac Technical Service Co.*, de los Estados Unidos, que establece así sus premisas: «1.º, no habrá guerra total, dado que tanto Oriente como Occidente saben que una guerra nuclear traería consigo su mutua destrucción e intentarán evitarla; 2.º, Oriente y Occidente tendrán, sin embargo, que solventar sus diferencias, puesto que no se llegará a una coexistencia pacífica ni a una aproximación de sistemas políticos. Partiendo de estos dos principios fundamentales, la única posibilidad es que la guerra se libere en el espacio» (N. N. Golovine, en su libro *Conflict in space*). Por su parte, el general Powers llega a unas consecuencias parecidas por otros caminos, por el camino de la filosofía de la historia militar. «De la misma manera que la supremacía aérea significó el control de los campos de batalla durante la segunda guerra mundial, el dominio del espacio puede muy bien significar el control del globo en una guerra futura». Powers establece la «Hipótesis Panamá»: en el espacio existen áreas estratégicas —como el Canal de Panamá lo es sobre la tierra— «que deben ser ocupadas antes de que otro lo haga por razones de seguridad». Otra explicación histórica de Powers: «Se ha dicho que la tecnología espacial militar está actualmente en la fase en que se encontraba el arte de la guerra aérea en 1908, cuando el Departamento de la Guerra aceptó el primer avión de los hermanos Wright. Voy a ir más lejos que eso, y diré que está en la fase de los verdaderos comienzos de la utilización militar del aire, es decir, durante la Revolución francesa, cuando se emplearon globos por primera vez para la observación del campo de batalla. Entonces, como ahora, nadie podría predecir las posibilidades definitivas del

ESPACIO Y GUERRA

nuevo medio de operaciones y quedaba sólo el especular acerca de la mejor forma de explotación de dichas posibilidades, por parte propia y por parte del enemigo». La idea de Golovine es que esta guerra espacial será librada por una «élite» —como en la Edad Media—, ante la impotencia de las poblaciones del mundo, que saben que «el vencedor conquistará la hegemonía mundial y, por medio de un cambio político, transformaría al vencido para adaptarlo a su propia ideología, que se extendería entonces a toda la tierra». Los vuelos de Leonov y de White han hecho más posibles estas teorías, que cuando se lanzaron parecían utópicas. Se ha descubierto la posibilidad de que un hombre aislado se dirija a sí mismo en el espacio, se acerque a las cápsulas espaciales, trabaje sobre ellas. El brazo y el cerebro humano son todavía más importantes que los aparatos científicos, aunque éstos sirvan para prolongarlos y para colocar en las alturas a los hombres. Apenas descubierto, el espacio se define ya como un campo de batalla.

DOS organismos de los Estados Unidos se han apoderado inmediatamente de las posibilidades del vuelo de White. Uno es el **House Government Operation Committee**, otro es la Fuerza Aérea. Este último organismo ha sido siempre partidario de la política militar del «hombre en el espacio», idea que ha tomado ahora el Comité de la Cámara para urgir al Pentágono la creación de un laboratorio orbital habitado, proyecto antiguo que está actualmente en estudio. Esta revisión de la estrategia del espacio supone una derrota para el secretario de Defensa, McNamara, que es enemigo de la población militar del espacio. McNamara conduce la facción del Pentágono que estima que no es necesaria la presencia del hombre en el espacio, ni para explorar los misterios del Cosmos, ni para realizar operaciones de tipo militar: creen que es suficiente con los satélites dotados de sensibilidad científica y que el ser humano no añade nada. La doctrina de guerra —y, por consiguiente, la doctrina política— de McNamara es suficientemente conocida, puesto que está en pleno desarrollo. Para él no hay guerra futura en el sentido de guerra total, aunque no excluye esa posibilidad y se somete a sus riesgos posibles, como repetidamente ha declarado. Para McNamara la guerra está sucediendo ya y no tiene nada de futurista ni de imaginativa: es la guerra de guerrillas, la guerra de penetración lenta. La posibilidad de los Estados Unidos en esta guerra planteada es la de volver a la «política de diques» de George Kennan, y eso es lo que está haciendo: aumentar más aún la presión militar norteamericana en el Vietnam, mantener los «marines» en Santo Domingo.

LA crítica esencial que se puede hacer a cualquiera de estas ideas es la de su doctrina, la de su filosofía. No es fácil aceptar hoy, en nuestro tiempo, la segunda premisa de Golovine, según la cual será preciso que Oriente y Occidente se vean obligados a solventar en un campo de batalla —espacial o no— sus diferencias, dado que no se llegará a una coexistencia pacífica ni a una aproximación de sistemas políticos. El tiempo que ha durado la coexistencia Kennedy-Kruschef —y todavía quedan suficientes vestigios de ella en el mundo— ha servido para comprobar su posibilidad y su carácter de deseable. En cuanto a la aproximación de sistemas políticos es algo que se está realizando demasiado de prisa como para

Por EDUARDO HARO TECGLÉN

ignorarla. Nadie puede decir seriamente que la Unión Soviética de hoy es la misma de hace unos años, la misma de la época de Stalin; y los Estados Unidos reales, los Estados Unidos que han votado al Presidente Johnson por no votar al senador Goldwater, los que se congregaron el miércoles pasado en el **Madison Square Garden** para escuchar al senador Wayne Morse, al profesor Hans Morgenthau, a Norman Thomas y a Bayard Rustin, que pedían la solución pacífica de los actuales conflictos, niegan todas las posibilidades de «trumanismo» de que se acusa al Presidente Johnson y a McNamara. «Una sola cosa parece cierta —escribía el profesor Duverger en su «Introduction a la politique»: la convergencia de las evoluciones del Este y del Oeste hacia el socialismo democrático. Los países del tercer mundo van en el mismo sentido, con un retraso importante». Duverger señala en este progreso una serie de rémoras: las diferencias de cultura y de tradición, el sistema de valores y mentalidades engendrado por las estructuras antiguas, las dificultades de liberarse de la Historia. Duverger no cree que se llegue a una identidad de regímenes políticos, pero sí a una «uniformidad técnica». En ciertos aspectos esta uniformidad se está produciendo ya. La similitud de los vuelos de Leonov y de White es asombrosa. El hecho de que los soviéticos se hayan adelantado en el tiempo, el contrapeso de las distintas ventajas técnicas demostradas —los soviéticos son capaces de posarse en tierra firme, pero los americanos son capaces de dirigirse en el espacio— son tan escasos, que apenas diferencian nada las dos realizaciones.

ESTA identidad de técnicas, esta coincidencia en el espacio, nos lleva a pensar cuáles serían los resultados si en lugar de presentarse como una competencia, como una lucha para ocupar áreas estratégicas espaciales, se ofreciera como el fruto de una colaboración. Hay quien opina que precisamente esta concurrencia de las dos grandes fuerzas mantiene un equilibrio en el mundo y permite un respiro a los países de menor técnica. Es, por ejemplo, la idea de De Gaulle, que puede permitirse un juego más bien demagógico entre las dos fuerzas. Es, en resumen, una teoría antigua y hoy desprestigiada, la que se llamó **balance of powers**. Hoy defender esta teoría del equilibrio no tiene sentido, puesto que la ruptura del equilibrio tendría consecuencias trágicas no solamente para los dos gigantes enfrentados, sino para todos los pequeños países que hoy creen encontrar una apariencia de independencia.

PERSONALMENTE tengo escasas dudas de que el camino de la integración esté abierto, aunque sea para un futuro lejano. La política del tándem Johnson-McNamara —o McNamara-Johnson— es puramente transitoria, y no tardará en aprovechar las lecciones de las aventuras de Santo Domingo y el Vietnam. No olvidemos que Kennedy no fue el Kennedy que pasará a la Historia hasta que superó las experiencias del desembarco en Bahía Cochinos, de Laos y de la crisis de Berlín, como Kruschef comenzó a ser él mismo a partir de la experiencia de Hungría.